

la narración de las peripecias de este día nefasto, digno del tiempo de Tiberio. Habían sido estrechados, circunvalados de mil maneras por los familiares de palacio, sobre todo por Reak, el intermediario natural entre la justicia y el poder. Se habían puesto en juego todos los medios capaces de influirles, la ambición, la bajeza de ánimo, el temor; hasta se recurrió igualmente á sus escrúpulos de humanidad. El emperador, decían, quería para Moreau una sentencia de muerte, era una satisfacción que se le debía bajo pena de infligirle un desaire personal; pero si deseaba ver condenado á Moreau, era únicamente para tener el placer de hacerle gracia.

Era necesario, pues, entregarse y confiar en la generosidad imperial. Absolver al acusado era, al contrario, perderle seguramente, porque el emperador obraría entonces como jefe del Estado obligado á pronunciarse no sobre un debate judicial, sino sobre una cuestión política, en cuyo caso él no tomaría más consejo que el del interés de su corona. Estos motivos, que de sobras estaban demasiado presentes en el ánimo de los jueces, fueron desenvueltos de nuevo por Thuriot el ex-presidente de la Convención el 9 thermidor en la Cámara del Consejo; insistió particularmente sobre la voluntad del emperador y sobre su intención de hacer gracia. Fué en este momento cuando llevado por el invencible esfuerzo de una recta conciencia, el helenista Clavier, exclamó: *¿Y quién nos la hará á nosotros?* Este grito del honor y de la probidad indignada, lo decidió todo; de los doce jueces, siete se pronunciaron por la absolución del general Moreau y cinco solamente para su condenación. Mas el presidente Hemart rehusó cerrar la discusión y los lamentables debates se prolongaron aún durante largas horas.

Durante este tiempo, Bonaparte, puesto al corriente de las peripecias de la deliberación por medio de frecuentes comunicaciones é irritado de la resistencia imprevista que encontraba entre los magistrados cuya docilidad había parecido asegurada, se encolerizaba á la idea de ver escaparse su presa; y se esforzaba por todos los medios que tenía en su poder para hacer volver á los jueces sobre su primer acuerdo. Se llegó, por su orden, á someter á los acusados que ya estaban fuera de causa por la clausura de los debates en una especie de tormento extraordinario para arrancarles nuevas confesiones, no vacilando en afirmar por adelantado que habían suministrado nuevos cargos contra Moreau, y así se apresuró á escribir él mismo á Cambaceres *«que parecía que los acusados habían declarado que en lugar de tres entrevistas entre Pichegru y Moreau,*

se habían celebrado cinco; y que desearía en consecuencia que el procurador general pidiese que de nuevo se reanudara la vista, visto que los jueces estaban aún en deliberación, para denunciar al tribunal un nuevo orden de cosas... Esta denuncia, añadía, se juntaría al procedimiento y, daría lugar á la redacción de una sentencia más conforme á la justicia y al interés del Estado.» Estas últimas palabras prueban hasta la evidencia que conocía el primer resultado de la deliberación, y que para hacer retroceder á los jueces no titubeaba en significarles su descontento. Se hizo la comunicación y se abrieron de nuevo las deliberaciones. Thuriot volvió sobre la penosa extremidad á que se iba á reducir al gobierno forzándole á dar un nuevo golpe de Estado. Hemart insistió sobre el mal efecto que se produciría al exterior por la absolución de Moreau. Las potencias se darían por muy contentas con tener un tal pretexto para rehusar el reconocimiento del emperador. Lecourbe protestó enérgicamente contra las maniobras empleadas para influir los jueces, sus colegas, que ya comenzaban á ceder. Entonces Bourguignon propuso un término medio que consistió en condenar á Moreau asegurándole el beneficio de las circunstancias atenuantes; los jueces darán á la vez satisfacción á su conciencia castigándole con una pena ligera, y al gobierno ofreciéndole la condena que reclama. Esta transacción fué en seguida aceptada por la debilidad de los unos y la complacencia de los otros. Lecourbe y Rigaud persistieron solamente en su opinión y sostuvieron hasta el fin al hombre honesto víctima de la más cobarde y más odiosa persecución. Moreau fué condenado á dos años de cárcel; otros veinte acusados, entre los cuales Cadoudal, los Polignac y el marqués de Riviere, fueron condenados á muerte; los demás fueron absueltos.

Al saber Bonaparte que Moreau había escapado de la pena capital tuvo un transporte de furor, probablemente como lo insinúan sus panegiristas, por haber perdido la ocasión de ejercer su derecho de gracia. ¿No han llegado hasta escribir que los jueces habían sufrido una presión de la opinión pública que les había impuesto una indulgencia contraria á todos sus sentimientos y hecho sacrificar el deber á la popularidad? ¿Una presión de la opinión en un tiempo en donde la opinión estaba amedrentada! ¿En un tiempo en que no había ni una tribuna, ni un periódico en donde se pudiera hacer oír una voz libre! ¿En un tiempo en donde el poder tenía todas las vidas en su mano! Según sus vergonzosas apologías, la víctima en este proceso no era Moreau, sino

Bonaparte; y dan como prueba de sus intenciones clementes su oficiosidad en conmutar los dos años de detención en un *destierro perpetuo* que le embarazaba para siempre de Moreau! Citar semejantes aberraciones, es hacerles justicia. Moreau fué menos sensible á la pena misma que á la declaración inicua que le declaraba culpable..

«Se me acaba, escribía, al salir de la Audiencia, de condenar á dos años de cárcel. Es el colmo del horror y de la infamia. Si soy un conspirador, debo perecer. Ciertamente no puede haber circunstancia atenuante como lo dice la sentencia...» «Si está probado que he tomado parte en la conspiración, decía, debo ser condenado á muerte como el jefe. *Nadie creerá que yo haya desempeñado el papel de un cabo.»*

La conmutación de la pena en un destierro perpetuo no fué pedido por Moreau, como se ha dicho, sino propuesta por Fouché en nombre del gobierno á la señora Moreau que temía que su marido no sufriera la suerte de Pichegru y quien aceptó sin titubear. Moreau fué extraño á la negociación. «Si el gobierno, escribía sobre este punto, no se encuentra aún bastante seguro con mi detención en una cárcel de Estado, y cree que es necesario mi destierro fuera de Francia, me someteré, puesto que no hay deshonor en obedecer á la fuerza, mas yo no puedo tratar este punto; *mi consentimiento haría de esta nueva pena una gracia y no la quiero.»*

Sus presentimientos no le engañaban; era un favor que Bonaparte pretendía haber otorgado á Moreau, al desterrarle de su patria; y se esforzaba en hacer creer que esta gracia no había sido otorgada sino á ruego del general: *«Habéis solicitado, le escribía el gran juez con fecha de 21 de Junio de 1804, la facultad de marcharos á los Estados-Unidos, y la intención de S. M. es que no podáis entrar de nuevo en Francia sin haber previamente obtenido su permiso expreso.»* La contestación de la señora de Moreau, hecha en nombre de su marido enfermo, prueba que no solamente el general había permanecido extraño al arreglo, sino que la duración del destierro no había sido prevista, y que el pretendido beneficio ocultaba un nuevo lazo. *«Soy yo sola, escribía, quien ha anhelado que S. M. nos permitiese abandonar nuestra patria. Mi marido no ha hecho sino conformarse con el decreto dictado; pero estaba muy lejos de creer en un destierro indefinido.»*

El emperador hizo comprar las propiedades y el hotel de Moreau y se lo dió á dos de sus generales. Se juzga necesario precipitar la partida del proscrito,

porque se sabía que si la gran masa era indiferente á su desgracia, estaban por él todos los corazones generosos, y la actitud de un cierto número de sus antiguos compañeros de armas no dejaba de inspirar algunas alarmas. Durante todo el curso del proceso, los soldados de la guardia le habían rendido los honores militares, y el día que fué devuelto á su calabozo después de ser condenado, el prisionero lo había encontrado adornado con flores por manos amigas, delicado y discreto homenaje que no se dirigía más que al infortunio y que tenía mil veces más precio que todos los que habían saludado sus triunfos! ¡Estos testimonios de una piedad obligada á esconderse fueron la sola recompensa que se llevó de un país al cual había prestado tan gloriosos servicios! Durante este tiempo, el autor de su infortunio, el hombre que le había arastrado en brumario á cometer la falta casi única que se le podía reprochar en su vida, el hombre cuya carrera política comparada á la de Moreau no había sido sino una larga serie de traiciones, de violencias y de criminales intrigas, marchaba de ovaciones en ovaciones, aclamado por un pueblo de pretorianos; ejemplo de justicia distributiva que no es ni nuevo ni único y que debe fortalecer á los hombres llamados á sufrir parecidas pruebas mostrándoles que otros han sabido soportarlas antes que ellos en tiempos aún más difíciles y con méritos superiores.

A punto de embarcarse para América el general Moreau, tuvo que detenerse en Cádiz por el mal parto de su mujer que había querido acompañarle á pesar de un estado de preñez muy avanzado. Fouché se apresuró á reclamar al gobierno español que apresurase la partida y en caso de necesidad la expulsión del proscrito. «Hace cuatro años, escribía Moreau, que en semejante día ganaba la batalla de Hohenlinden. Este suceso, bastante glorioso para mi país, ha procurado á mis ciudadanos un descanso del cual han estado privados durante mucho tiempo; yo aún no le he podido obtener. ¿Me la rehusarán al extremo de Europa, á quinientas leguas de mi país?

Algún tiempo después, el magistrado Lecourbe, el que había osado sostener hasta el fin la inocencia de Moreau, fué de comisión á una audiencia de las Tullerías con los miembros del Tribunal de París, Bonaparte adelantóse vivamente hacia él y le interpeló con violencia, diciéndole: *«¿Cómo, le dijo, habéis osado manchar mi palacio con vuestra presencia? ¡Salid, juez prevaricador, salid!*

El 26 de Junio, Cadoudal fué ejecutado con once de sus compañeros. Bonaparte había hecho gracia

al marqués de Rivière, á los Polignac y á otros cinco de los condenados por las súplicas de sus familias y de los suyos propios. Se notó que las gracias no habían recaído sino en gentil-hombres y Murat, se ha dicho, que lo hizo notar con amargura.

Así cayeron doce cabezas por una conspiración en gran parte provocada por la policía, y que en suma, no había tenido ni principio de ejecución sino de conciliábulo. Esto es lo que se ha llamado la clemencia de Napoleon.



CAPITULO II

HUMILLACION DEL PAPADO

Carácter del imperio.—Cómo se le ha querido amnistiar.—Si el imperio era necesario.—Cómo preparó Bonaparte el imperio.—Situación de Francia.—Francia y el imperio.—Cómo podía sostenerse el imperio.—El imperio y Europa.—Carácter de las guerras de Bonaparte.—Era la servidumbre y no la libertad lo que llevaba al extranjero.—Bonaparte y Cromwell.—Retrato de Bonaparte.—Cómo pensó en legitimar el imperio.—La consagración religiosa.—Es un anacronismo.—Cómo preparó la ida del Papa á París.—Caprara y Consalvi.—El Vaticano y Napoleon.—Dudas y esperanzas de la curia romana.—Razón de su cobardía.—Protesta interior de la Iglesia.—Roma y el duque de Enghien.—Que la ida del Papa á París suponía la absolución de Napoleon.—Vacilación del Papa.—Revelaciones de Consalvi.—Las temporalidades.—Consúltase á los cardenales.—Las previsiones religiosas.—Memoria del cardenal Fesch.—El Papa se niega á recibir á la esposa de Talleyrand.—Cómo Napoleon excita el apetito de Roma.—Cuestión del juramento.—Talleyrand y Bernier allanan las dificultades.—Espíritu del cristianismo según Consalvi.—Argumento convincente de Bernier.—La Simonia.—La avidez romana castigada.—Proyectos de Napoleon.—Transformación monárquica de la República cisalpina.—El reino italiano.—El patriotismo italiano.—Cómo fué explotado.—La patria italiana.—Oposición de Melzi.—Enojo de Napoleon.—Cómo se favorecía la política de Pitt.—Vuelve Pitt al gobierno.—Caída de Addington.—Pitt quiere asociarse á Fox.—Resístelo el rey Jorge.—Cuestión de Fox: Macaulay, Stanhope y Lanfrey.—Significación del ministerio Pitt.—Su sistema político.—Actitud del Parlamento inglés.—Cuál debía ser la política de Francia.—El temor de Napoleon en Europa.—Imprevisión política de Napoleon.—Relaciones de Napoleon con las potencias europeas.—La dieta germánica y Rusia.—Actitud del duque de Baden.—Cómo se rompieron las relaciones diplomáticas entre Francia y Rusia.—Oubril y Talleyrand.—Ocupación rusa de las islas Jónicas.—Temores de Napoleon.—Austria y Francia.—Napoleon amenaza á Austria.—Denúnciale la formación de una nueva coalición.—No quiere que se hable de ella.—Cómo quiere engañar al pueblo francés sobre este punto.—Napoleon y Fouché.—Francia y Prusia.—Pretensiones de Prusia.—La cuestión de Hannover.—Haugwitz reemplazado por Hardenberg.—Significación de este cambio político.—Viaje de Napoleon por el Rhin.—La confederación del Rhin.—El archicanciller de Dalberg.—El caso de Rumbold.—Explicaciones de Napoleon: 7 de Octubre de 1804.—Mezquindad de Napoleon.—Energía de Prusia.—Resentimiento de Napoleon.—La retractación.—La política de Napoleon y su proyecto de desembarco en Inglaterra.—Realidad del proyecto de desembarco.—Estado del mismo.—Decide Napoleon la cooperación de la escuadra.—Latouche.—Treville.—Bruix.—Guerra entre Inglaterra y España.—Napoleón se aprovecha para dar mayor alcance á sus proyectos.—Armamentos navales.—El reclutamiento forzoso.—Napoleon y Génova.—Villeneuve sucesor de Latouche.—Treville.—Repugnancia de Villeneuve.—La campaña marítima: proyecto de Napoleon.—Cómo fracasó.—Irritación de Napoleon.—Nuevo plan de campaña: 2 de Marzo de 1805.—Error de cálculo.—El Papa en París.—Cómo fué recibido por Napoleon en Fontainebleau.—Continúan las humillaciones del Papa.—La etiqueta.—Envidia napoleónica.—Consagración de Bonaparte: 2 de Diciembre de 1804.—Dirige la ceremonia Isabeu.—Cómo se ensayaba en palacio.—Frialdad de la ceremonia.—Sus causas.—Matrimonio religioso de Napoleon.—Disgusto entre el Papa y Napoleon.—Protesta y amenazas del Papa.—Esperanzas del Papa.—La memoria de Antonelli.—Cómo fué acogida: respuesta de Portalis.—Restablecimiento del calendario gregoriano.—Retractación de los obispos constitucionales.—Las reivindicaciones territoriales.—Memoria del papa Pío VII al emperador.—Respuesta de Talleyrand.—Proyectos de Napoleon.—Irritación de la curia romana.—Nuevas revelaciones de Consalvi.—Márchase el Papa de París.—Queda aplazada su rvancha.

El régimen inaugurado bajo el nombre de Imperio,—continuamos diciendo traduciendo á Lanfrey,—no era otra cosa que el cesarismo puro, tal como lo habían conocido Roma y Bizancio. Algunas formas legales habían subsistido hasta este momento, pero se las había

á menudo violado, y esas mismas violaciones y las sutiles interpretaciones á las cuales era necesario recurrir para justificarlas, probaban la existencia de un orden permanente, de una cierta regla inherente á las instituciones que era necesario proclamar á la vez que se conculcaba. Estas últimas apariencias